ESPERANZA Y DESESPERANZA DE DIOS EN LA EXPERIENCIA DE LA VIDA DE ANTONIO MACHADO

POR

JOSE LUIS L. ARANGUREN

1

¿CÓMO *acontece en el corazón del hombre la llegada de la fe? Desde el punto de vista puramente humano, no sobrenatural, la fe suele sobrevenir, muchas veces, como el regreso del hijo pródigo a la casa paterna, del emigrante a su país de origen, del hombre cansado a su hogar; como una recuperación—enriquecida, desengañada, reflexiva o deformada—del modo infantil de estar ante Dios. El joven tiene, en mayor o menor grado, que* emanciparse, *es decir, desvincularse de sus padres, situarse* frente *a ellos y frente a cuanto de ellos ha recibido; también, por tanto, frente a la religión paterna o, por lo menos, frente al modo paterno de vivir la religión. Es el instante en que se abandona la casa donde se ha nacido para vivir por propia cuenta y fundar nuevo hogar espiritual; para vivir de lo que nos ha venido de fuera, de la calle, del aula, de los otros o también desde un dentro fantaseado e irreal. Es la edad de los sueños y las ilusiones, de las aventuras y las revoluciones. Después transcurre el tiempo y el hombre aprende a ser justo con la tradición, con su pasado. Recuerda a los padres y, generalmente, comprueba que en vano buscará por la vida un cariño tan cobijador, tan fiel, tan abnegado como el suyo. Recuerda su niñez y casi siempre termina reconociendo que no hay años tan felices, tan ricos, tan evidenciadores como aquéllos. Re-*

cuerda su ingenua piedad infantil, que hablaba a Dios sencillamente y le pedía, como quien pide un vaso de agua, el milagro de cada día. Pero esta mirada hacia atrás no para en inoperantes nostalgias. Ahondando un poco más, descubre que sus padres, su familia, su pasado, su tradición, su niñez, su religión, continúan viviendo en él y él en ellos. Y desde este momento su existencia, proyectada, sí, hacia adelante, abierta hacia todas las promesas y todos los futuros, no avanzará, empero, a la ventura, sino apoyada en una historia y en una fe.

Vida, pues, reconciliada con su origen. Pero esta reconciliación es distinta en cada caso y puede ser total o parcial. Unamuno, por ejemplo, formado en un hogar católico, tras un período de descreimiento o indiferencia religiosa, regresa, sí, a la fe, pero ¡qué diferente de la fe de sus mayores, de la fe de su niñez! Fe alterada, transmigrada, extrañada. Para otros, en el extremo opuesto, la fe recuperada no tendrá más sentido que el de un refugio de los desengaños o los fracasos de la vida. Es difícil saber recobrar las creencias niñas, con la cabeza levantada y el corazón animoso, no simplemente para guarecerse en ellas, sino para vivirlas y hacerlas crecer, por encima de nuestra cabeza, hasta la estatura de nuestro esfuerzo más alto. Pero, como quiera que sea, a quienes hemos recibido una primera formación religiosa, se nos ha dado una maravillosa posibilidad: la de reconquistar íntegramente nuestro origen, la de no tener que renegar, ni siquiera en una partecilla, aquello que nos funda y nos constituye.

Mas, para otros, la fe no puede ser una reconciliación, sino un logro. Son los conversos, los que no vuelven sino que llegan. Aquellos cuya alma no fué regada o, apenas, con el agua bendita de las oraciones, al Angel de la Guarda, a la Virgen María, al Niño Jesús. Yo no he investigado nada sobre la familia Machado y puedo, por tanto, estar equivocado en un más o un menos. Pero el hecho innegable es su afiliación republicana y las convicciones laicas (en los hombres de la primera República el anticlericalismo era una nota constitutiva del credo político). Después, trasladada la familia a Madrid, ya se sabe también su adhesión a la Institución Libre de Enseñanza. Tan ligados a ella se sentían que se le iban detrás, cambiando de casa, cada vez que aquélla hacía mudanza de local. El muchacho Antonio fué discípulo fervoroso de la Institución, y sus maestros más venerados, Benot, Costa, Cossío y Giner. Ahora bien, este institucionismo quedó grabado para siempre, quizá no muy honda, pero sí indeleblemente, en el alma de Antonio Machado. Otros hombres menos profundos, su mismo hermano Manuel, más entre-

gados a las mudanzas que, cada día, va trayendo la vida, más porosos, más abiertos a lo que va viniendo luego, más olvidadizos también, podrán cambiar con cierta facilidad, hasta de creencias. Antonio Machado, no. Nadie menos voluble que él. Su grave memoria de la vida no le permitirá arrojar, como lastre inútil, ni una sola de sus horas vividas. Por eso su experiencia poética—y su experiencia de la vida, que es una y la misma cosa—, nada varía, nada tornadiza, sólo consistirá en ir ahondando, incansablemente, en las «galerías» de su alma y de su mundo. No es menester recordar sus actos públicos de inalterable fidelidad a la Institución, tales como el sonado artículo contra los métodos pedagógicos del P. Manjón o el poema a la muerte de don Francisco Giner. Pero en este último sí conviene que nos detengamos, porque no sólo las rémoras, también ciertos impulsos de Machado, le vienen de su origen institucionista. Por ejemplo, el amor al campo de Castilla. Antonio Machado, ya se sabe, es uno de los descubridores del paisaje castellano. Pero quien le enseñó a amarle y vivir fuera de la Villa y Corte, dentro de él, ¿acaso no fué Giner?

... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.

Sólo después de estos versos, después, sobre todo, de conocer el amor guadarrameño de don Francisco Giner, acabamos de comprender en su hontanar primero, aquel «¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo?», y hasta, si se me apura, Campos de Castilla *enteros.*

Otro tanto acontece con la bondad laica, con la filantropía de don Antonio, hija legítima de la de don Francisco. ¿Cómo no poner en relación el «soy, en el buen sentido de la palabra, bueno» con la mística, secularizada y humanitaria bondad de «el viejo alegre de la vida santa»? Con la seriedad ante la vida, la tarea y la vocación ocurre igual. Todo eso para no hablar del único tema político de Antonio Machado, el de la España nueva, joven, laboriosa, frente a la otra, el tema de «las dos Españas», aprendido, a la letra, en la Institución. (No comprendo cómo todavía no se ha decidido nadie, después de La generación del noventa y ocho, *de Laín, a escribir el libro español, absolutamente necesario, sobre la Institución Libre de Enseñanza en sí misma y en relación con lo que, por debajo de su metafísica aprendida, había en los hombres del krausismo español.)*

2

La experiencia machadiana de la vida, su «camino», empezó, pues, para la religión, con mal pie. Peor que irreligioso, laico. (Este «peor» Machado le comprenderá muy bien, andando el tiempo, cuando defienda el valor religioso de la blasfemia.) Pero, ya lo hemos adelantado, a él no le será nunca posible abandonar ese camino para tomar otro. El puede adelantar, ahondar y también retroceder y aun fracasar. Cambiar, no. En los años mozos, cuando el alma estalla de esperanzas y poesía, Dios no suele urgir demasiado. Y, sin embargo, desde su primer libro, Antonio Machado advierte su hueco, el lugar hacia donde tendría que estar. En las Soledades *cabe distinguir, quizá, dos modos de actitud poética. Hay allí, ciertamente, modernismo, más que de lenguaje, de sentimiento y de fragmentarismo impresionista. Pero hay ya, también, poemas en que con una madurez impresionante se toma en peso la vida entera, y no abstraída de sí misma, sino en su despliegue temporal, y se la reconcentra a lo largo y a lo hondo de unas cuantas estrofas. Así, el poema «El Viajero» o el siguiente, uno de los más hermosos, «He andado muchos caminos...» (los dos regidos por el mismo símbolo machadiano de la vida, «viaje» y «camino» que, como el de la «barca» y el manriqueño «río», visualiza una personal experiencia poética de la existencia), que termina así:*

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

Y, en seguida, otro poema, «En el entierro de un amigo», que, con su actitud ante la muerte («Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio») y su final («Definitivamente duerme un sueño tranquilo y verdadero») está metido ya, quiera o no, en el «siempre buscando a Dios entre la niebla» o, por lo menos, en la «vieja angustia» y la «pura fe en el morir».

Todavía es importante destacar otros dos poemas. Uno, aquel cuyo estribillo dice:

No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

que, con su última estrofa, es la anticipación de una actitud posterior—pronto nos detendremos en ella—, por desgracia no manteni-

da, en la que el poeta estuvo, a mi entender, más abierto y propicio que nunca, a la gracia de la esperanza y de la fe.

El otro poema es el titulado «El poeta», y nos importa aquí de manera algo indirecta. Antonio Machado, en sus primeros libros, Soledades *y* Soledades, galerías y otros poemas *fué, inevitablemente—estaba en la época—, poeta de sensibilidades y melancolías. Pero, al final de este poema, se arranca del alma «el demonio de los sueños», la ficción que idealizara primaveralmente el pasado, simplemente, románticamente, porque pasó y murió. No. A Antonio Machado el patio de Sevilla y el huerto claro donde madura el limonero; los años de Madrid, las enseñanzas de sus maestros y la juvenil amistad de sus amigos; la pobre tierra soriana y el cariño de Leonor; los olivares de Andalucía la Alta, las tertulias de Baeza, la memoria del padre (recuérdese el espléndido soneto a él dedicado, aquel que comienza «Esta luz de Sevilla... Es el palacio», de una actualidad poética tan palpitante que merecería, él solo, todo un estudio), su pasado entero, en fin, no le importa porque se fué y está ya instalado en una añorante, «poetizada» lejanía. No, sino porque Antonio Machado continúa todavía (el «todavía» machadiano, el «pasado vivo») siéndolo. Porque él es hombre de buena memoria, hombre con alma de galerías sin fondo, hombre que, además de tener un pasado, lo* es. *Hay un texto del* Juan de Mairena *que viene a confirmar lo que aquí se afirma. Dice así:*

> ... os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis, con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra.

Y ahora me parece que empezamos a entender a este hombre que sintió, como nadie, «el hoy de ayer». Hablábamos antes de la huella impresa en él por sus maestros. La que le grabó su padre, estudioso del folklore y las tradiciones andaluzas, es—cualquiera que haya hojeado su poesía o su poética lo echará al punto de ver—mucho más honda todavía. Antonio Machado no olvida nunca. O mejor, como Rilke, olvida para hacer de los recuerdos «sangre, mirada y gesto»; olvida para entrañar. (La coincidencia entre estos dos coetáneos poetas, los más grandes, para mí, de ayer, y los maestros de la poesía de hoy, es sorprendente; compárense con el conocido pasaje de los Cuadernos *las «Otras canciones a Guiomar» y su comentario posterior en el* Juan de Mairena.)

Le entendemos en su dualidad dubitante frente a lo que pueda haber del otro lado *de la muerte, dubitación que arrastrará a lo lar-*

go de su vida entera. Dos poemas, uno en la serie «Del camino», de las «Galerías» el otro, expresan, mejor que todos los demás de esta primera etapa, esta desesperanza y esta esperanza. El primero, radicalización de la temporalidad de la existencia, dice así:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

No creo que haya en la historia universal de la poesía una anticipación poética tan clara y terminante, en solos cuatro versos, del sentimiento de la vida subyacente a esa filosofía actual de la finitud temporal, del cuidado, de la desesperación (no gesticulante y retórica, a lo Unamuno, sino mansa y callada) y el ser-para-la-muerte, como la que se expresa aquí. A este respecto se habla—hablamos—tal vez demasiado, de Miguel de Unamuno. Se habla del «yo soy yo y mi circunstancia» de Ortega. ¿Por qué no hablar nunca del «ya nuestra vida es tiempo» a propósito de Sein und Zeit?

El otro poema que, si bien tímida e interrogativamente, sostiene una esperanza y casi una prueba *de la inmortalidad del alma, es como sigue:*

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fué a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?

Y aquí quiero, simplemente, transcribir un párrafo de Max Scheler, del pensador a quien Antonio Machado dedicó estas palabras: «A la muerte de Max Scheler, hubiera dicho Juan de Mairena: Ni siquiera un minuto de silencio consagrado a su memoria. ¡Como si nada hubiera pasado en el mundo! Sin embargo, ¿para cuándo son los terremotos?» Pues bien, Max Scheler, en Muerte y supervivencia, *escribió esto:*

«Quiero a un amigo y mañana estoy agonizando; evidentemente, este amor puede comenzar y cesar conforme a las leyes esenciales del amor

y del odio. Si veo con evidencia que estaba engañado acerca de la persona del amigo, deja de existir el amor. De otras mil maneras podría ese amor comenzar y cesar conforme a estas y otras leyes esenciales. Pero me muero. ¿Qué podría significar esto para el ser y para la perduración del sentido de mi amor?»

3

Y después escribió Campos de Castilla. *Se había encontrado y compenetrado ya con la tierra castellana. El pedregal y el serrijón, el fuerte olor del monte, la primavera humilde, los cerros cenicientos y los verdes pradillos, todo el campo de Castilla que, de triste que es, no puede menos de tener alma, es ahora ya el símbolo esencial del poeta: Campos de Castilla, alma de Antonio Machado.*

El poeta ha descubierto del todo su paisaje del alma y su voz. Mas su «experiencia de la vida», su ir viviendo como la encina que

brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede,

va a crecer, de un golpe, amargamente. Sobreviene la muerte de la joven esposa, de Leonor. Y es, de toda su vida, entonces, a mi entender, cuando Antonio Machado estuvo más cerca de Dios. A Miguel de Unamuno le levantaba a la fe el ansia de inmortalidad. A Antonio Machado, por estos años de 1912 y 1913, la dulce esperanza de recobrar, algún día, a la amada muerta. Unamuno encerraba a la vez, dentro de sí, angustia y confianza, desesperación y esperanza. Machado vacila, fluctúa, va y viene una y otra vez de la esperanza a la desesperanza, de la desesperanza a la esperanza, «a solas con su sombra y con su pena».

Esta propiciación a la esperanza se expresa en versos como éstos, del poema «A un olmo seco»:

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

«Recuerdos» está, al revés, tomado de desesperanza. Y luego, este verso, quizá el más religioso de todo Antonio Machado:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Y el siguiente, desgarrado de desesperanza y esperanza:

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.

O aquel otro, también breve y bellísimo, de sueño, que termina en esta estrofa:

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...
¡Vive, esperanza, quién sabe
lo que se traga la tierra!

Antonio Machado vive para recordar. Pero, como él dice, le falta ya el hilo que anuda el recuerdo al corazón y convierte en alma sus despojos, las memorias. Y a seguida, el último canto de esperanza, esperanza de resurrección:

Un día tornarán, con luz del fondo ungidos,
los cuerpos virginales a la orilla vieja.

Y tras él, el grito «anhelante de milagro», según la expresión, tan justa, de Pedro Laín:

¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!

Para mí, la despedida de la gran esperanza es aquel poema que comienza «Palacio, buen amigo...». El siguiente, «Otro viaje», termina ya así:

Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas quedando.

El que le sigue, «Poema de un día», es, en mi entender, aunque esto no hace ahora al caso, extraordinariamente importante por cuanto que en él se vuelve a alumbrar la fuente narrativa, temporal, concreta, biográfica, existencial, abierta a la realidad, con la ventaja sobre «La tierra de Alvargonzález»—pese a la menor pretensión y extensión—de que se ha abandonado la forma objetiva de relato para meterse el poeta dentro del poeta y «contarse» desde él. En cambio, es también el primer poema machadiano en que la pura lírica comienza a retroceder ante la «filosofía». Pero, sobre todo, y esto es lo que ahora nos importa, vuelve a caer otra vez en la desesperanza y el viejo escepticismo, en la duda de la que—que nosotros, hombres, sepamos—ya nunca saldrá.

4

Y entonces comienza poco a poco a acontecer que el «triste y pobre filósofo trasnochado» y el poeta gnómico, sentencioso, el poeta de proverbios, donaires y saber popular, presentes ambos ya en su juventud, ahogan al poeta lírico. El proceso es patente aunque, como digo, luengo y de trayectoria indecisa, zigzagueante. Recordemos aquellas palabras del Mairena, *tan esclarecedoras del modo de ser de Antonio Machado: «Hay hombres, decía mi maestro, que van de la poética a la filosofía; otros que van de la filosofía a la poética. Lo inevitable es ir de lo uno a lo otro, en esto, como en todo.» Por de pronto, recién destinado a Baeza, se pone a estudiar formalmente filosofía y se licencia en ella. Naturalmente lo que él busca no es la «filosofía de profesores», sino todo lo contrario: la consolación por la filosofía. Antes había escrito: «Quien habla solo espera hablar a Dios un día.» Ahora que ya no espera hablar con Dios va a trabar diálogo con los filósofos, con los consoladores. Y simultáneamente escribe estos «Proverbios y Cantares», cuyo sentido último se encierra, para mí, en estos tres amargos versos en que, ahondando en el conocido refrán popular, la desesperanza ha triunfado ya:*

El que espera desespera,
dice la voz popular.
¡Qué verdad tan verdadera!

Ya la «sabiduría», la «filosofía», no consistirá sino en desengañar:

A quien nos justifica nuestra desconfianza
llamamos enemigo, ladrón de una esperanza.
Jamás perdona el necio si ve la nuez vacía
que dió a cascar al diente de la sabiduría.

Dios, el sueño de un sueño:

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

Los ojos están ya «hartos de mirar sin ver». Escepticismo. Pues

a preguntas sin respuesta
¿quién te podrá responder?

Todavía un paso más abajo, filosofía de la existencia finita, definitivamente mortal:

Fe empirista. Ni somos ni seremos.
Todo nuestro vivir es emprestado.
Nada trajimos; nada llevaremos.

Es la vejez prematura, desengañada, campoamoresca, escéptica. Y, quizá, hacia esta época es cuando vuelven, con más fuerza que nunca, los prejuicios institucionistas, «la sangre jacobina», la confusión—tan radicalmente resuelta por Unamuno mediante una fe antieclesiástica—entre la religiosidad y la beatería hipócrita—«el usurero a su rosario»—, supersticiosa o ñoña—los «corazoncitos de Jesús»—, entre la Iglesia y los sacristanes, y el desdén por la piedad de pandereta de «esa España inferior que ora y bosteza».

Pero la esencia de la vida de Machado—no nos cansaremos de repetirlo—es un ir y venir. Aunque sin referencia directa y, por supuesto, sin esperanza trascendente explícita, bastantes años después volvemos a encontrar esperas y esperares. Anotemos aquellas dos canciones, la que empieza «Hay fiesta en el prado verde», la siguiente, «Contigo en Valonsadero» y también, aunque no haga a nuestro propósito, el soneto «¿Empañé tu memoria? ¡Cuántas veces!», en el que, más allá de flaquezas, de «amores por el atajo», la memoria de Machado guarda, a través de los años, su único amor.

Entre todos los poemas de esta época es menester destacar aquel cantar en que, volviendo sobre el amado símbolo manriqueño de la vida-río que va a dar a la mar, el poeta levanta los ojos hacia su desconocido manantial:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.

Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!

Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?

Pero sin olvidar, sobre todo, aquella estrofa final de canción:

Y tú, Señor, por quien todos
vemos y que ves las almas,
dinos si todos, un día,
hemos de verte la cara.

Y, en fin, las «Canciones de Guiomar», cuya mención traigo aquí para hacer notar un curioso paralelismo. Cuando al poeta se le muere la amada real y verdadera, Leonor, está—o por lo menos yo lo pienso así—a punto de empezar a creer en el Dios real y verdadero. Después, cuando Dios se le vuelve una pura creación del hombre—«el Dios que todos hacemos», el Dios del primer Bergson y del último Scheler, el Dios de un cierto Unamuno y un cierto Rilke—, Antonio Machado inventa, con cargo a Juan de Mairena o a Abel Martín, lo mismo da, la amada inexistente:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

Antonio Machado, nacido en el subjetivismo, vuelve a él, regresa a la soledad.

5

El último Antonio Machado inventa un dios, inventa una amada, inventa, en fin, a Juan de Mairena. Y aquí es menester proponernos con algún detenimiento, si bien esquemáticamente, pues no es ésta la ocasión oportuna para más, la pregunta por el Cancionero apócrifo *y por el* Juan de Mairena. *¿Cuál es el sentido último de estos textos? Si dejamos aparte el puro «astracán filosófico» y los temas menores, de arte, política, teatro y varios, advertimos que las*

tres cuestiones esenciales allí tratadas son: 1.ª, la de una «metafísica para poetas»; 2.ª, la poética; y 3.ª, el problema de su escepticismo existencial y, muy particularmente, el atolladero religioso.

Mairena escribió: «El poeta tiene su metafísica para andar por casa, quiero decir, el poema inevitable de sus creencias últimas, todo él de raíces y de asombros.» Esa «metafísica» de Machado, verdaderamente anticipadora y genial, es la resumida en aquellos versos de más arriba: el «ya nuestra vida es tiempo», la angustia del pasar, el fugit irreparabile tempus, *la irreductible realidad última de éste y el desesperanzado aguardar a la muerte. Por eso dice Mairena que, de todas las máquinas inventadas por el hombre, la más interesante y específicamente humana es el reloj, con el cual pretende engañarse a sí mismo pensando que, al dividir el tiempo infinitamente, como Zenón de Elea, conseguirá salvarse de la finitud. Y, sin embargo, el intento se vuelve siempre contra él, pues sólo el tiempo finito puede medirse y el reloj resulta, así, una prueba de la creencia del hombre en su mortalidad. ¡Ah, si de verdad se pudiera parar, sin romperle, el reloj que cada uno de nosotros llevamos dentro! (Antonio Machado siente el paso del tiempo y la ruptura final de la muerte en dos tremendas sensaciones auditivas: el tic-tac—o el tic-tic, como él oía—del reloj y los ruidos secos de la inhumación: golpes del martillo en el ataúd, de la azada en el sitio de la fosa, del ataúd en tierra.) En cuanto a ésta, a la muerte, nos acompaña, sin dejarnos un momento, durante toda la vida, y por eso está lleno de sentido que nos la representemos plásticamente como el esqueleto—la «notomía»—que llevamos dentro.*

Estas dos intuiciones, tiempo y muerte, habían sido siempre temas centrales de Machado, temas propios de poeta, temas que los filósofos habían obstinadamente sorteado o, lo que para Machado viene a ser igual, «pensado». Pero, ya en su vejez, se encuentra con que, justamente cuando los poetas—él menciona a Valéry, pero con más razón, acaso, habría que citar a Guillén—se entregan, al revés que Manrique y Bécquer, a cantar el ser fuera del tiempo, «los filósofos... llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que metafísico». Es decir, se encuentra con que los filósofos empiezan a pensar de veras lo que tantos años llevaba él sintiendo. A mí me parece que, bajo el ropaje deliberadamente anticuado, quien más ha influído en la «filosofía» de Mairena es Heidegger—un Heidegger más o menos de primera mano, eso no lo sé—, y los ataques a la forma de pensar aristotélico-escolástica se comprenden muy bien desde este punto de vista de la temporalidad. El tema es sobremanera interesante, porque, sin duda,

también están presentes Bergson y Unamuno, y porque ahí están, además, la antítesis solipsismo-otredad (lo que Abel Martín llamaba «la esencial heterogeneidad del ser») y el gran problema de la relación entre la filosofía y la poesía según Mairena. Pero no es en un trabajo como éste, que se refiere a la religiosidad *y no a la* filosofía *de Machado, donde se puede tratar con la debida amplitud.*

Y con esto pasamos a la segunda cuestión, directamente relacionada con la primera. Acabamos de ver que, para Machado, «la vida es tiempo». Pero si es así, una poesía como la suya, que marcha al hilo mismo de la vida, tendrá que ser «arte temporal», «palabra en el tiempo», relato, y su elemento lingüístico fundamental, la parte de la oración que expresa el tiempo, es decir, el verbo. Y aquí se ha de volver a decir de la poética—cuyo detalle no podemos analizar—lo que antes se dijo de la poesía. O sea, que si tomamos esta palabra en su sentido profundo y no como conjunto de meras recetas técnicas para la versificación, la poética de Machado es, con la de Rilke, la más viva, fecunda y operante en la hora actual.

¿Cómo llegó Antonio Machado a ella? De la única manera posible: meditando, a posteriori, sobre la poesía—Manrique, el Romancero, Bécquer y, por la banda contraria, el barroco—y sobre su poesía. Reflexionando, porque ya no creaba, porque el filósofo, porque el retórico, porque el crítico habían sofocado al poeta. Efectivamente, reparemos en que los poemas compuestos por Machado en esta época no son sino ejemplificaciones de sus teorías (aunque estas teorías se funden—y por eso tienen ese inapreciable valor—en su experiencia poética anterior). Y el hecho de que Mairena fuese maestro de Retórica debe tomarse al pie de la letra.

Las anteriores digresiones sobre el sentido metafísico y poético del Mairena *nos han servido para mostrar qué encerrado estaba el pensamiento último de Antonio Machado en los confines de la más radical temporalidad. Sin embargo, se equivocaría profundamente quien pensase que la duda y la esperanza han quedado por completo eliminadas. Mairena es todavía más escéptico que Machado, «escéptico hasta del escepticismo», incansablemente dubitante, incansablemente ignorante:*

> Confiemos
> en que no será verdad
> nada de lo que sabemos.

ya que, por debajo de lo que se sabe, está siempre lo que se cree, o lo que se quisiera creer. Y si en una ocasión Mairena, porque el tema de la muerte no es para jóvenes, que viven hacia el mañana

y se imaginan indefinidamente vivos, dándoles por el gusto, les habla de la inmortalidad, en otra se detiene en esta frase hecha, «abrigo la esperanza», para observar cómo, en efecto, es menester abrigarla *para que no se nos hiele, y tan pronto prueba en la lección 28 la existencia de Dios como en la 29 su inexistencia, para sostener, en otro lugar, este breve diálogo:*

—Dios existe o no existe. Cabe afirmarlo o negarlo, pero no dudarlo.

—Eso es lo que usted cree.

Y se niega, en fin, ni aun en compañía del Dante, a bajar a los infiernos, es decir, se niega a dejar toda esperanza.

6

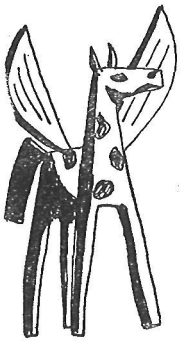
Y llegamos al final. Nos hemos esforzado por ir acompañando a Antonio Machado, poeta del tiempo, a lo largo de su indeciso vivir en el tiempo. Me doy cuenta de la imperfección de este estudio. Sería menester disponer previamente de una investigación minuciosa sobre la vida del poeta, la fecha de cada poema y la circunstancia concreta y existencial de que brotó, para poder realizar cumplidamente la obra que yo he iniciado aquí porque la ecuación poesía—vida en ningún poeta es más verdadera que en Antonio Machado y nadie ha autenticado más que él la poesía, nadie la ha acercado tanto a la verdadera existencia.

De todos modos, algo creo que hemos esclarecido. Por de pronto hemos visto cuán verdadero era el verso de Rubén Darío: Antonio Machado «iba una y otra vez» y, como él mismo escribió, tenía «un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos». Hemos intentado seguirle en sus ires y venires, en sus dudas, en su indecisión. Y ahora, para resumir, debemos preguntarnos por su religiosidad. Si por religiosidad se entiende una preocupación constante y profunda por el origen, destino y paradero final del ser humano y por el problema de Dios, sin duda fué un hombre verdaderamente religioso. Si por religiosidad se entiende la fe en un Dios trascendente, su peregrinar espiritual consistió en un fluctuar entre escepticismo e inconcreta creencia, entre desesperanza y esperanza. Católico, nunca lo fué. Acaso habría llegado a serlo. El no era hombre, ciertamente, para convertido por teólogos, apologistas o predicadores; pero por el ejemplo sencillo de una mujer piadosa, provinciana y amada, tal vez sí. Yo no puedo olvidar aquellos seis versillos de las Nuevas Canciones:

En Santo Domingo
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo,
¡cuánta devoción!

Si le hubiera vivido la esposa, ¡quién sabe! Nada ni nadie —ya lo hemos visto— le acercó, como ella, a Dios. Después, con el paso de los años, se le fueron enterrando memorias y esperanzas. Y, un día, en tierra extraña, murió. ¿Qué aconteció aquel día en el alma de Antonio Machado? Un personaje de Las Adelfas, *dice*

morir, Araceli, es irse
cada cual con su secreto.

También él se llevó el suyo. Pero dejándonos antes —nada menos—, «unas pocas palabras verdaderas».

José Luis L. Aranguren.
Velázquez, 25.
MADRID (España).